



Universidad
Zaragoza

1542

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Máster Universitario en Investigación en Filosofía

Estética y teoría de las Artes

Trabajo de fin de Máster

El acceso al pasado en una sociedad acelerada

Access to the past in a fast-paced society

Iker Samper Ayape

Tutor: Pedro Ortúñoz Mengual

Zaragoza, Noviembre, 2020

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| 1. INTRODUCCIÓN..... | 4 |
| 2. EL PROBLEMA DEL TIEMPO EN UNA SOCIEDAD ACELERADA | 6 |
| 3. ¿SE GENERA EXPERIENCIA EN UNA SOCIEDAD ACELERADA? | 10 |
| 4. EL CONSUMO DE LA MEMORIA COMO SI FUERA ENTRETENIMIENTO | 13 |
| 5. MEMORIA EJEMPLAR: VOLVER A SITUAR EL PASADO EN RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA..... | 17 |
| 6. PROPUESTAS CON LAS QUE TRASCENDER LA RELACIÓN SUPERFICIAL QUE ESTABLECEMOS CON EL PASADO | 22 |
| 6.1. Privatizar a los muertos | 22 |
| 6.2. Crear un relato compartido..... | 24 |
| 6.3. Habitar el espacio como base para una relación profunda con la memoria..... | 26 |
| 6.4. Recuperación de los lugares de imaginación: Posmemoria..... | 29 |
| 7. CONCLUSIÓN | 32 |
| 8. BIBLIOGRAFÍA..... | 34 |

1. INTRODUCCIÓN

El interés por el pasado cobra gran importancia a partir de los años setenta y ochenta. Como nos señala Andreas Huyssen (2001) en su obra *En busca del futuro perdido*, destaca el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales; un giro hacia el pasado que contrasta con la tendencia a privilegiar el futuro en la modernidad del siglo XX (p.13). Todo ello es potenciado por la sociedad acelerada y el consumo capitalista, lo que permite que en 1980 se produzca un *boom* por la reflexión sobre la memoria. Por este motivo, encontramos multitud de enfoques desde distintos planos y disciplinas. Pero la preocupación de este trabajo se sitúa en un paso previo al hecho de mirar lo que ocurrió en el pasado, se trata de ver desde donde accedemos o establecemos la relación con el pasado, pues la mirada se educa y las condiciones de nuestro presente determinan como nos relacionamos con él.

Por ello, el problema central que se pretende tratar en el presente trabajo reside en preguntarse sobre: qué características tiene nuestro presente y cómo esto determina algunas formas de acceso al pasado; Es decir, en qué medida el contexto o condiciones del sujeto mediatizan su relación con la memoria.

Bajo este objetivo, resulta necesario comenzar reflexionando sobre algunas características propias del contexto actual en el que se sitúa nuestra propuesta y en el que habita el sujeto contemporáneo. Por ello, partiremos del supuesto de que vivimos en una sociedad acelerada, ya que la aceleración es un proceso que se desarrolla con la modernidad, siendo su fuerza impulsora y la que va articulando su lógica del cambio. Por ello, es la base desde la que partir para analizar otros elementos de la sociedad. De esta manera, se presentan relevantes las características de la aceleración, pues conforman un elemento base del contexto en el que nos encontramos. Para el desarrollo de este trabajo nos centraremos en tres conceptos claves de una sociedad acelerada planteados en el segundo y tercer apartado. Veremos alguna de las implicaciones de este contexto de aceleración atendiendo a la ruptura del paradigma líquido y sólido planteado por Zygmunt Bauman, a la relación que tiene la aceleración con el concepto de tiempo según el planteamiento de Byung Chul Han y las consecuencias de la aceleración con respecto al concepto de experiencia, problematizado por Walter Benjamin

Pero a su vez, debemos tener en cuenta otro elemento importante de nuestro contexto: el tipo de consumo que hay actualmente, pues también está influenciado por la aceleración. Somos la generación de los “fasters”, aquellos que para ver más contenido aceleran los videos, donde los formatos de consumo han cambiado potenciado la brevedad y el impacto. Para ello en el cuarto punto nos detendremos en la propuesta de Byung Chul Han, acerca de cómo consumimos el entretenimiento planteada en su obra *El buen entretenimiento*, para de esta manera poder reflexionar sobre si cómo consumimos afecta a cómo relacionamos con el pasado.

Una vez reflexionado sobre el contexto surgen las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de relación permite con lo otro una sociedad acelerada?, ¿cómo es y será a futuro la relación de las nuevas generaciones con el pasado? Lo que nos lleva a reflexionar, también en el cuarto apartado, el tipo de acceso al pasado que plantean las personas más distantes y desconectadas de lo acontecido, como por ejemplo los jóvenes, las nuevas generaciones. Para arrojar luz sobre todas estas cuestiones que se plantean a lo largo de este trabajo, introducimos un elemento que facilitará nuestro trayecto. Esto son los memoriales, pues son monumentos creados con el fin de hacernos recordar, de negar el olvido y, por tanto, de mantener la unión entre el pasado y el presente. Por ello, según se desarolla el trabajo podemos preguntarnos: ¿Cumple la función del

recuerdo?, es decir, como apunta etimológicamente la palabra *recordi*: “volver a pasar por el corazón”, ¿Existen todavía una continuidad pasado-presente? ¿Un lazo entre el memorial, el hecho a recordar y el sujeto que lo contempla?

Para tratar de responder a estas cuestiones nos centraremos en el apartado cinco en Andreas Huyssen, David González y Jordi Font y de esta manera reflexionaremos sobre la preocupación que tiene nuestra sociedad por el pasado y cómo se está rompiendo cierta continuidad que existía entre este y el presente, es decir, como cada vez el pasado deja de estar presente en nuestra vida cotidiana. Frente a este problema nos centraremos en el planteamiento de Tzvetan Todorov, el cual nos ayudará a plantear una visión propositiva y activa de la memoria y del pasado, para ello, nos basaremos en su concepto de memoria ejemplar: pues es aquella que hace del pasado una acción presente. Es decir, que vuelve al sujeto activo. La pretensión que habido siempre al atender el pasado o la Historia, es la de no repetir lo trágico de esta. Para ello, hay que volver a reactivar el pasado con el presente. Con este fin se plantean una serie de propuestas para trascender las relaciones superficiales, que son: privatizar los muertos, crear un relato compartido, la relación entre espacio y memoria, Recuperación de los lugares de la imaginación: Posmemoria.

En definitiva, el desarrollo del trabajo está centrado en atender las relaciones que establece un sujeto líquido que vive desconectado o distante con lo acontecido y situado en una sociedad acelerada, cuando se relaciona con el pasado y en especial con los memoriales. Para posteriormente reivindicar la importancia de establecer una continuidad pasado - presente basada en dinámicas de duración y en relaciones profundas. Esta reflexión es importante y pertinente debido a que hay una dimensión del pasado, de la memoria, que se pierde, y es la de los invisibles, la de aquellos que han padecido dolor. Además, las dinámicas actuales están generando “invisibilidad”. Son el mundo imaginativo: el afectivo y personal junto con el arte los lugares desde los que rearticular una continuidad con el pasado y generar visibilidad.

De esta manera se hace necesario tener presencia del pasado, para integrarlo en el presente y construir futuro, para ser justos con aquellos que vivieron antes y sobre todo para poder ser afectados por el potencial de los memoriales, para que nos impliquen y nos enseñen. Pero para ello, hay que tener en cuenta como señala Marta Tafalla citando a Adorno, que: “El único lenguaje capaz de expresar algo así es el del arte. Pues el conocimiento racional cuando se convierte en concepto queda mudo y estéril” (Tafalla, 2003, p. 255).

2. EL PROBLEMA DEL TIEMPO EN UNA SOCIEDAD ACCELERADA

En este punto nos vamos a centrar en nuestro contexto actual, el de una sociedad acelerada, y vamos a detenernos en el concepto de tiempo, pero podemos preguntarnos: ¿Por qué detenernos en el concepto de tiempo? Porque depende del concepto de tiempo que cambia nuestra realidad, es decir, cambia las formas de relacionarnos con las personas, las cosas o con el mundo. Lo que lleva a un cambio en la forma de estar en el mundo. Por tanto, si pretendemos atender al problema central del trabajo: qué características tiene nuestro presente que determina algunas formas de acceso al pasado, debemos detenernos brevemente en las implicaciones del concepto de tiempo en una sociedad acelerada. La aceleración va de la mano del desarrollo de la modernidad, por ello, debemos atender al concepto de tiempo pues como señala Hartmut Rosa (2016):

Una forma de examinar la estructura y calidad de nuestras vidas es atender a los patrones temporales, (...) donde las estructuras temporales conectan los niveles micro y macro de la sociedad; por ejemplo, nuestras acciones y orientaciones se hacen compatibles con los “imperativos sistémicos” de las modernas sociedades capitalistas a través de normas, plazos, y reglamentos temporales (Rosa, 2016, p.9).

El sujeto por tanto vive regulado en la sociedad moderna por un régimen temporal muy concreto. Pero para situarnos mejor y entender las implicaciones de la aceleración en el sujeto de una sociedad acelerada, debemos atender en primer lugar, a la ruptura del paradigma sólido planteado por Bauman, que genera un sujeto líquido. Nos detenemos en los términos sólido y líquido puesto que nos servirán para hacer más visual y sencilla las implicaciones de un cambio de modelo de la modernidad clásica a la tardía y la relación entre el concepto de tiempo actual, acelerado, y las formas de relacionarse del sujeto contemporáneo.

En su obra *La modernidad líquida* (2002), Zygmunt Bauman se plantea la ruptura del paradigma sólido, que da lugar a un paradigma líquido. Bauman comienza distinguiendo la concepción de lo fluido frente a la concepción de lo sólido. Una de las características de lo líquido es la gran capacidad de movilidad asociada a la “levedad”. Siguiendo la lógica de la física, cuanto menos peso tenga un sujeto más rápido será capaz de moverse. “Para ellos lo que cuenta es el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que, después de todo, sólo llenan por un momento” (Bauman, 2002, p. 8). Es decir, para un sujeto líquido, la relación con el espacio va perdiendo fuerza, no se debe atar a nada, de esta forma podrá seguir siendo fluido, seguirá adaptándose a lo que el tiempo demande.

Esto implica dejar el presente suspendido y proyectado hacia un futuro, pues lo fluido no se fija ni en el tiempo ni en el espacio. Al contrario que lo fluido, lo sólido es aquello que persiste en el tiempo, es decir, las tradiciones, las costumbres, las normas, la moral, los compromisos; todo aquello que sujeta o retrasa el avance del individuo. De esta manera, el sujeto líquido debe mantener disponible un abanico de posibilidades. Se trata de mantener y no elegir, pues al elegir una posibilidad se niega el resto. A diferencia de esto, el sujeto sólido está atado, no tiene infinitas posibilidades donde elegir. El sujeto sólido aún con cierta libertad vivía bajo un proyecto de vida a largo plazo, se buscaba una estabilidad, con compromisos fuertes y estructuras muy bien definidas y fijas: formaba una familia y tenía un trabajo para toda la vida.

Un ejemplo que nos permite ilustrar lo planteado lo podemos encontrar en la obra *La corrosión del carácter* (2005) de Richard Sennet, en la que el autor nos muestra el contraste entre la vida de un padre (representada en un modelo familiar de empresa, un proyecto de futuro, de familia, una vida en comunidad, una educación estricta) y su hijo (modelo flexible de trabajo,

de vida, una educación más laxa, sin compromiso y sin una idea de comunidad). En este último, la condiciones con respecto a la libertad y a la individualidad están atadas a la constante reinención, a la plena flexibilidad del sujeto, al cambio constante, es decir, a la pura contingencia. En este paradigma estos elementos se vuelven positivos y se deben mantener. De esta forma, esta tendencia anula toda estabilidad, pausa o relación profunda y comprometida con la realidad y las personas.

Es aquí donde me pregunto y debemos preguntarnos, cómo nos relacionamos con las cosas partiendo del hecho de que desde el paradigma líquido debemos mantenernos en una constante actualización o flexibilidad, mientras que toda estabilidad o fijación es negativa. En respuesta a esto, en *El aroma del tiempo* (2019), Byung Chul Han nos plantea dos elementos a tener en cuenta: la atomización del tiempo y la “trayectoria”.

A partir de la Ilustración el ser humano se libera, pues ya no está sometido a lo que dicta Dios. El hombre ilustrado entiende el tiempo proyectado hacia un futuro donde se encuentra la esperanza de lo posible, donde se puede realizar lo que él deseé. “El tiempo no depende del destino sino del diseño.” (Han, 2015, p.33). Este tiempo produce cierta aceleración, en la que el ser humano ya no tiene límites. A lo largo de la historia se ha vivido el tiempo de diferente forma.

El tiempo mítico funciona como una imagen. El tiempo histórico tiene la forma de una línea que se dirige, o se precipita, a un objeto. Cuando la línea pierde la tensión narrativa o teleológico, se descompone en puntos que dan tumbos sin dirección alguna (Han, 2015, p.35).

El tiempo mítico para los griegos según Han (2015) era como una imagen donde todo estaba visible y la narración creaba significado. De esta forma todo ocupaba su lugar, por ello, el cosmos tenía un orden, si algo salía de su lugar era devuelto a su sitio porque el tiempo guibia los acontecimientos. Por otro lado, ya con la modernidad, el tiempo de la Historia se entendía como una línea, la línea de un futuro prometedor, el del progreso, donde el tiempo ya no remite hacia atrás. Es el tiempo que al encadenar los acontecimientos los dota de sentido, transcurre linealmente. No es la eterna repetición de lo mismo, la pura determinación, lo que dota todo de sentido como en el mundo mítico, sino la posibilidad de cambio. Cuando el tiempo de la Historia se rompe (nuestro momento actual) la línea se rompe en puntos y da lugar a nuestro tiempo. Hasta esa ruptura del tiempo, los acontecimientos (esto es, los puntos) tenían sentido porque quedaban enlazados, tanto en la imagen como en la línea, todo tenía su lugar, su sentido. La historia deja lugar a la información que no tiene duración narrativa. Que es nuestro contexto actual. Lo que ocurre es que entre los puntos hay un vacío, mientras que en la imagen o línea no los hay: sólo los puntos crean intervalos. El vacío es la falta de sentido, la falta de unión o relación entre los puntos que convergen en grandes relatos. Ese vacío genera aburrimiento y se presenta como un tiempo muerto sin sentido. Debido a esa ausencia de sentido, se tiene la necesidad de acortar los intervalos vacíos, lo que lleva a una aceleración de la sucesión de acontecimientos o fragmentos. Ya no hay un nexo entre los puntos, sino que se da una yuxtaposición de puntos, una acumulación de información sin que realmente exista una relación coherente entre ellos (p.33).

El tiempo atomizado es nuestro momento actual, permite el paso de la Historia a la información. “Cuando el tiempo se descompone en una sucesión sin fin de un presente puntual también pierde su tensión dialéctica.” (Han, 2015, p. 20). Este es el problema actual: nuestro presente es débil en tensiones, de manera que el proceso dialéctico del presente es pobre también. Esta tensión dialéctica se da cuando el corto plazo desplaza a una praxis que vincula

y se proyecta a largo plazo. Un ejemplo de esto es cuando el presente se queda vinculado a un futuro, aquel que se da en prácticas como la promesa, el compromiso, la lealtad. El tiempo atomizado es un tiempo en el que no hay nada que ligue los acontecimientos, no hay nada que genere una relación, es decir, una duración, de tal manera, que no hay algo que les dote de sentido (o al menos no con la suficiente fuerza). ¿Qué le ocurre entonces al sujeto líquido en un tiempo atomizado? Este debe mantenerse libre, flexible y fluido y con todas las posibilidades abiertas, lo que genera falta de sentido.

La aceleración va unida a la ausencia de sentido o pérdida de gravitación. Las implicaciones de esta pérdida son claras: se extraen los elementos relevantes de nuestra esfera de referencia, manteniéndose únicamente en un plano superficial. Se necesita cierto nivel de movimiento para que avancen los acontecimientos con sentido. Para Byung Chul Han, lo que realmente afecta a la generación de sentido no se debe tanto a una determinada velocidad, sino que “se debe más bien a la inestabilidad de la trayectoria, a la desaparición de la propia gravitación, a las irritaciones (*Irritationen*) u oscilaciones temporales” (Han, 2015, p.43). Las cosas se aceleran porque no tienen un sentido, un sostén que las hile. El romper la trayectoria genera aceleración: Tener todas las posibilidades abiertas para ser o hacer algo es lo mismo que no tener ninguna. Quizás el sujeto de un paradigma sólido tenía la vida sometida a cierta determinación, pero al menos tenía un sentido, un camino por donde moverse y un lugar a donde ir. Su vida tenía una trayectoria y esta trayectoria implicaba un fin, un *telos*, un sentido en la narración. Actualmente, ya no encontramos grandes relatos como en las épocas pasadas que nos permitan dotar de trayectoria a nuestro movimiento y a nuestro tiempo.

La particularidad de la trayectoria es que funciona de manera selectiva, y solo puede incluir determinadas cosas porque es angosta. Si esta órbita narrativa de la historia se desmorona completamente, también se produce una masificación de los acontecimientos y las informaciones. Todo se amontona en el presente. Se generan atascos que hacen que todo vaya más lento. (Han, 2015, p.43-44).

Ya no hay una proyección a futuro como algo mejor, la aceleración hace que los tiempos se den como puntos de acontecimiento aislados sin una conexión. A su vez, nuestro contexto es característico por perder el *telos*, la trayectoria, de tal forma que las posibilidades de un futuro se abren, no hay nada determinado, los modelos sólidos se han roto, y ahora sólo queda la fluidez, la pura actualización. En esta falta de *telos*, el futuro pierde su fuerza, pues ya no hay esperanza en él, el sujeto líquido trata de centrarse en un presente que se le volatiliza, mientras, mantiene las posibilidades de su futuro abiertas, de lo contrario crearían solidez. ¿Qué significa mantener las posibilidades abiertas? Crear vínculos frágiles, que no le determinen un futuro, que no la aten, es perder toda trayectoria, pues ya no sirven los trabajos para toda la vida, el compromiso de un matrimonio o de cualquier vínculo, etc.

Para ilustrar el cambio que se da entre el paradigma de lo sólido y de lo líquido, y a su vez relacionarlo con lo planteado acerca del tiempo atomizado y la particularidad de una trayectoria, vamos a recurrir a un ejemplo que utiliza el propio Han.

La figura representativa del paradigma sólido es el peregrino, mientras que la del líquido es el turista. Si atendemos a un viaje como la peregrinación del camino de Santiago, para el peregrino lo importante es el trayecto, mientras que para el turista sólo sería relevante la llegada a Santiago. Para el peregrino ese trayecto se da con cierta duración, lo que le posibilita entablar una relación profunda con las cosas y con las personas. De este modo, el tiempo ya no corre bajo la lógica acelerada. Por otro lado, encontramos en el lado opuesto al turista, que elimina los intervalos. Lo importante son los puntos de llegada, acumular lugares, cosas, es decir, el

turista se centra en las consecuencias despreocupándose por completo del proceso, de la trayectoria. Esto genera que al no haber ningún segmento definido se puede detener la acción en cualquier momento. Para el sujeto líquido, no hay decisiones que sean definitivas, todo está sometido al cambio de la aceleración. El tiempo de los intervalos y la duración que se da en ellos ahora es el tiempo del aburrimiento. El turista se relaciona con las cosas de manera superficial. El sujeto líquido, el turista, no sólo se relaciona de forma superficial con las cosas cuando viaja, sino que es una actitud, se relaciona de forma superficial con el mundo, las cosas y las personas en cualquier momento. Esta relación superficial está empujada por las características de la liquidez y el contexto de aceleración

Nuestra sociedad nos interpela a tener un alto rendimiento; a tener una vida llena de viajes, con calendarios, agendas y horarios llenos de diferentes actividades. Este planteamiento de vida es el sinónimo de una vida plena para el sujeto líquido, pero no es más que una vida llena de superficialidad. La atomización del tiempo, en tiempos cortos y sin profundidad lleva al sujeto a tratar de cubrir lo que antes se daba con la duración, a llenar la vida de contenido. Esa duración consistía en acciones y procesos que enlazaban el presente con el futuro dotándolo de sentido. Pero esa atomización en el fondo no permite entrelazar nada. Como señala Han, cuando ya no hay algo que determine lo trascendente, ya nada es decisivo; la fragmentación no permite que se dé una recopilación de fragmentos. La experiencia de la duración entiende el autor surcoreano, es lo que hace que la vida sea plena.

Una vez hemos visto brevemente qué características tiene un sujeto líquido y cuál es la peculiaridad del tiempo actual es momento de recuperar nuestra preocupación inicial: nuestra relación con las cosas se suscribe a la lógica de un mundo líquido y superficial. El sujeto líquido se encuentra, por lo tanto, sometido a un tiempo atomizado y carente de compromiso. Por ello, debemos tener en cuenta que cuando este sujeto líquido se hace la pregunta por la memoria, ésta ya está determinada.

Podríamos suponer que los investigadores o artistas que trabajan con estos conceptos pueden no verse tan afectados por esta cuestión, debido a que su investigación requiere de duración y profundización sobre el tema. Sin embargo, el acercamiento que el resto de las personas tienen a la memoria, bien directamente o bien a partir del producto generado por otros, podría verse condicionado por tratarse de un acercamiento superficial.

3. ¿SE GENERA EXPERIENCIA EN UNA SOCIEDAD ACELERADA?

¿Por qué la vida está desapareciendo? Debord nos planteaba que la vida está ausente: ya no hay distinción clara entre la vida pública y la privada, ambas están vacías de contenido y ese vacío está determinado por el exterior. Lo que caracteriza la temporalidad occidental, apunta el autor francés en *La sociedad del espectáculo* (2012), es el sacrificio de la experiencia. Para entender realmente qué significa esta pregunta debemos centrarnos en observar la distinción que se da entre la experiencia y la vivencia señalada por Benjamín, el tiempo de trabajo y el principio de intercambio y subsistencia planteado por Adorno.

Esta ausencia de vida se traduce en lo que Benjamín (1989) entiende cuando señala que la cotización de la experiencia ha disminuido. El autor plantea una distinción entre el concepto de *Erlebnis* (una experiencia inmediata, intensa y fugaz, que se agota en el momento, y que sería la “vivencia”), y el concepto de *Erfahrung* (una experiencia que es resultado de una elaboración histórica, sabiduría acumulada y transmitida). Pero la experiencia no es sólo un conocimiento transmitido, es también un conocimiento sobre la experiencia de vivir con profundidad. La experiencia es pues la elaboración de ese material en la forma de un relato significativo. De esta manera, la experiencia, a diferencia de la mera información, vuelve al receptor un agente activo.

Una vez la esfera del mercado ha invadido la esfera de la vida, se comienza a mercantilizar con todo, incluso con la propia experiencia. Esta invasión es debida al desarrollo económico y técnico, donde lo cotidiano, para el individuo contemporáneo, ha dejado de ser lo único que lo sustenta, para convertirse en algo de lo que huir. Antiguamente no había distinción entre la vida cotidiana y la vida no cotidiana. En nuestro contexto, la clase media-alta entiende que la vida cotidiana es alienante. Entre otras cosas, esto es debido a que ya no tenemos experiencias. Nuestro tiempo ya no es lento para que contenga sentido y peso. Por eso la vida cotidiana ya no es el lugar de la vida, de la experiencia (*Erfahrung*).

El contexto de consumo exacerbado, aceleración y desplazamientos en el que nos encontramos plantea un cortocircuito en la experiencia. “El consumo no nos pone en un contacto más estrecho, directo y auténtico con la realidad: desvían la atención hacia el futuro, fían al porvenir lo que no pueden ofrecer en el instante presente.” (Alejandro Martínez, 2010, p.358). Nuestra experiencia del mundo señala Martínez, ha quedado supeditada a la lógica económica, centrada en logros y fines (todos ellos bien demarcados por generar riqueza económica) de tal manera que se reduce todo a una transacción económica, una transacción que tiene que ver más con la vivencia que con la experiencia.

¿Cómo afecta esta concepción de tiempo de trabajo a las relaciones que tiene el ser humano con las cosas? El ser humano actúa fiel a esas dinámicas propias del mercado. Actualmente, la capacidad de flexibilidad y de adaptación se da en relación con la aceleración, que invade la lógica de todo posicionamiento, y que tiene el sujeto respecto a cualquier circunstancia. Las relaciones humanas, bien sea relaciones interpersonales o relaciones con los objetos, se rigen bajo la rapidez, la eficacia, la flexibilidad y la velocidad, es decir, bajo la lógica mercantil. El trabajo demarca cómo concebimos el tiempo, tanto el tiempo de trabajo como el tiempo “libre”. Debemos atender por lo tanto a la capacidad de mercantilizar que tiene el capitalismo. Como señala Debord en el aforismo 147 de su obra *La sociedad del espectáculo*:

El tiempo de la producción, el tiempo-mercancía, es una acumulación infinita de intervalos equivalentes. Es la abstracción del tiempo irreversible, en que todos los segmentos deben probar sobre el cronómetro su igualdad cuantitativa única. Este

tiempo es, en toda su realidad efectiva, lo que es en su carácter intercambiable. En esta dominación social del tiempo-mercancía "el tiempo lo es todo, el hombre no es nada; a lo sumo es el esqueleto del tiempo" (*Miseria de la Filosofía*). Es el tiempo desvalorizado, la inversión completa del tiempo como campo de desarrollo humano. (Debord, 1967, p.46).

El ocio, las vacaciones, el turismo representan una vía de escape (para el sujeto contemporáneo). Lo real ya no es nuestra vida cotidiana, sino esos fragmentos de tiempo que situamos en el ocio, en aquello que nos libera de la alineación de lo cotidiano, aquello que nos expulsa de la rutina diaria. Pero cabe señalar un elemento más a tener en consideración: la herencia de las consignas de la Ilustración, es decir, la autonomía del individuo y la libertad que Adorno y Horkheimer daban por incumplidas en *La dialéctica de la ilustración* (1998). No hemos logrado emanciparnos de nuestro sometimiento; hay un sujeto emancipado, pero no emancipado de los actores que lo sometían, sino de la comunidad. Esta falta de comunidad es una de las características de la sociedad del espectáculo: una sociedad sin lujo que plantea relaciones banales con las cosas y que se constituye por tanto como una sociedad individualizada. Por lo tanto, cabe preguntarse ¿nos relacionamos con la memoria como mera mercancía, de forma superficial? ¿Será la memoria de nuestra época, entonces, una yuxtaposición de datos?

Para poder contestar a estas preguntas debemos detenernos en dos elementos fundamentales que señala Adorno y que se dan debido a la lógica mercantil: el principio de intercambio y el principio de substitución. A la hora de tratar lo planteado por Adorno nos centraremos en la obra de Marta Tafalla, *Theodor W. Adorno. (2003) Una filosofía de la memoria.*

El principio de intercambio implica estar bajo la lógica administrativa y económica: "el principio de intercambio reduce los objetos y personas a meras mercancías y sus diferencias a diferencias cuantitativas" (Tafalla, 2003, p.90). Para Adorno la lógica económica afecta también a las relaciones interpersonales, dominadas estas por el principio de intercambio. Las relaciones se sostienen muchas veces bajo intereses. Un ejemplo que subvierte las relaciones interesadas es la práctica del regalo, acción desinteresada por esencia. Es ahí donde reside el valor humano y la vida. Es con estas prácticas desinteresadas con las que se llena de contenido la vida cotidiana. Son este tipo de prácticas las que rompen la lógica del intercambio.

Por otro lado, Adorno entiende que el principio de substitución (que va unido al de intercambio) se encarga de igualar a los individuos. Todos los sujetos tienen el mismo valor, de tal manera que no importa la sustitución de un individuo por otro. Ya nadie es único e irremplazable, ya nadie vale por sí mismo. Por ello, recalca Adorno, la muerte ha perdido sentido, ya no hay un *telos* en el que esta sea el fin de todo. En ese mismo sentido, le ocurre lo mismo a la vida cotidiana: ahora todo ha perdido su valor, todo es reemplazable, ya nada es único.

Para Adorno es muy importante volver a potenciar acciones que no estén sometidas al principio de intercambio. Cuando volvamos la mirada a la memoria, el autor alemán nos dirá que esa tendencia del intercambio a la que nos lanza la lógica económica queda interrumpida con aquellos que realizan un ejercicio de memoria. El ejercicio de la memoria se da de forma puramente desinteresada. Para el autor alemán, el amor tiene como modelo esa relación desinteresada con los muertos (esta posición revaloriza el ejercicio de la memoria). Una acción de ese tipo se dota de contenido cuando se cumple por el simple hecho de realizar la acción, sin pretensiones de ningún tipo y sin ningún tipo de intercambio.

La invasión de la lógica del mercado ha eliminado todo rastro de vida, por ello, nos podemos preguntar: ¿Es posible una memoria donde la propia memoria es mercancía? ¿Qué memoria surge de un individuo centrado en la producción, incluso en sus tiempos de ocio? ¿Se puede dar una memoria sin vida, sin experiencia (en el sentido de Benjamín)?

4. EL CONSUMO DE LA MEMORIA COMO SI FUERA ENTRETENIMIENTO

“La mirada del turista tiene el efecto de la cera con la que se restauran los muebles antiguos: transforma en bienes de consumo la memoria de la antigua miseria” (Chantal Maillard, 2011, p.61).

Hemos visto hasta ahora algunos conceptos como los de tiempo, experiencia, aceleración, que nos han permitido ubicar desde donde atender el problema central del trabajo: qué características tiene nuestro presente que determina algunas formas de acceso al pasado. En este punto del trabajo nos centraremos en el acceso o relación con el pasado, en concreto con los memoriales. Lo que destaca del memorial es que es un objeto que esta creado con el fin de apelar a la memoria (tanto colectiva como individual) pero a su vez aquello de lo que se debe hacer memoria es algo delicado, con una fuerte carga emotiva y moral. De esta forma, la preocupación que trato de atender es, cómo las formas actuales de relacionarnos, de vivir, de consumir, especialmente el entretenimiento, determinan o condicionan las formas de relacionarnos con el pasado, con los memoriales.

Por tanto, nos podemos preguntar, cuando un sujeto (sobre todo con las generaciones más jóvenes) se encuentra frente a un memorial: ¿qué ocurre? En base a lo planteado hasta ahora en el trabajo, podemos presuponer que generalmente se dan relaciones superficiales con los memoriales, por las condiciones de nuestro presente. Pero aparte de por una cuestión de aceleración, desde una perspectiva individual, ¿La relación es superficial por falta de interés o valor hacia el memorial? o ¿también tiene que ver el contexto social y de consumo? Por tanto: ¿cómo consumimos el entretenimiento condiciona el cómo nos relacionamos con otros productos o cosas?

El memorial no sólo está ahí para interpelarnos a cada uno de nosotros como individuos del presente, sino que también lo está para interpelarnos como grupo, como sociedad (apela a una memoria individual o colectiva). Por ello, para tratar de ver si la relación es superficial por falta de interés o valor, vamos a recurrir a la distinción planteada por Alois Riegl (2008) acerca de cuáles son los distintos valores en los que nos basamos para atender a la diversidad de monumentos que encontramos en nuestro entorno y así poder conservarlos. Nos centraremos en el valor de antigüedad, el valor histórico y el valor estético. Es decir: ¿Por qué conservamos determinados monumentos a pesar de que queda muy lejos el porqué de su origen? ¿Qué relación tenemos con ellos para que les dotemos de valor? ¿Qué acceso o visión tenemos de ese pasado?

El valor de antigüedad se refiere al valor adquirido por el simple hecho de provenir del pasado, independientemente de su significado y origen. Por otro lado, encontramos los monumentos con un valor histórico, el cual se genera debido a nuestro gusto subjetivo y contemporáneo. Este valor se centra en un hecho concreto e individual, mientras que “el valor de antigüedad se centra en la impresión anímica subjetiva que genera todo monumento sin tener en cuenta características objetivas” (Riegl, 2008, p.39). El valor histórico a su vez se centra en una etapa determinada. Al atender a este valor, no interesa conservar las huellas del tiempo o del cambio, sino que trata de mantener el documento lo menos falsificado posible.

En primer lugar, debemos tener en cuenta, tanto en el valor histórico como en el valor de antigüedad, que existen monumentos con un valor rememorativo intencionado (creados por el autor para sus contemporáneos) y otros con un valor no intencionado (restos de pasado que trascienden en el presente y que son importantes para tener conocimiento de la época). Nosotros

nos centraremos en monumentos intencionados, como los memoriales. En segundo lugar, debemos tener en cuenta que el monumento tiene un valor para el hombre contemporáneo independientemente de su origen en el tiempo.

Por último, como señala Rielgl (2008) debemos distinguir entre dos tipos de valores estéticos: el de la novedad y el relativo. El perfecto acabado de lo nuevo, recién creado, que se manifiesta en el criterio más sencillo, puede ser valorado por cualquiera, aunque no tenga cultura. El valor de la novedad (lo que actualmente llamamos moda) es el valor artístico de las grandes masas que poseen poca o ninguna cultura. Por el contrario, el valor artístico relativo sólo es aceptado por aquellos con cierta cultura. (p.81). Cabe preguntarnos si la cercanía de los hechos se impone, por lo tanto, como un valor.

Como plantea Rielg, los monumentos tienen valor colectivo, es decir, para el conjunto de la sociedad. El memorial se erige como un recuerdo de lo que aconteció en el pasado, bien sea por su antigüedad (el objetivo es conservarlo a cualquier precio como huella del pasado) o por un valor histórico (se trata de conservarlo lo más fiel a como era), además, destaca el valor que le damos en un momento concreto del presente a un determinado pasado (este es cambiante pues depende de nuestros intereses de época). Como ya hemos visto a nivel colectivo puede tener valor para su conservación, pero a su vez, el memorial trata de establecer una conexión emocional, es decir, no sólo se trata de recordar lo que ocurrió, sino de implicar, de romper la distancia del tiempo y comprometer al individuo del presente, para que no se olvide ese acontecimiento, para que no se repita, etc. Por ello, nos debemos preguntar: ¿Qué ocurre con la relación individual?

Cuando uno se acerca a un monumento que hace referencia a la memoria, descubre que hay elementos de distinta procedencia a tener en cuenta. Principalmente serán elementos históricos, estéticos o que hagan referencia a la memoria individual o colectiva. Constantemente nos acercamos en nuestra vida cotidiana a objetos o lugares que son puntos de conexión con el pasado. Desconocemos si lo que se genera en nosotros, esto es, el valor con el que dotamos al monumento (incluso el valor para conservarlo), es conferido por la antigüedad o el valor histórico. Es decir, por mucho que nos preparemos para el encuentro que se da, por ejemplo, en un museo, nos relacionamos con el pasado de la misma forma fuera o dentro de él, pues el punto de partida desde donde se da esa relación sigue estando bajo la lógica de acumulación y aceleración ya vistas anteriormente.

Como hemos señalado, los monumentos, en concreto los memoriales, son puntos de conexión con el pasado que tienen un valor social, pero al atender a qué tipo de relación individual se establece, sale a la luz un problema: dado que el memorial no sólo trata de luchar contra el olvido sino que plantea una implicación con lo que aconteció, hay un elemento que nos interpela y que demanda implicación, el memorial tiene un plano con una fuerte carga emotiva y moral, no sólo racional.

Con las implicaciones de una sociedad acelerada (ya planteadas) y con una relación con el pasado como algo separado de nuestro presente, se da que nos relacionamos de forma superficial: sin dedicarle tiempo, sin profundizar, sin empatizar, y entonces, el memorial pierde parte de su fuerza, de su cometido. En cierta manera, podríamos decir, que estamos siendo injustos (para Adorno la memoria era un ejercicio de justicia) sobre todo con aquellos memoriales donde el pasado es reciente y sus consecuencias son las raíces de nuestro presente, por ello, me pregunto: ¿Cómo podemos revertir esto? ¿Cómo podemos, en un contexto actual y un lugar determinado del presente, relacionarnos con el pasado de forma profunda?

El uso que hacemos de la memoria es a través de la razón, al conceptualizar y tomar una visión más general se elimina lo particular. Es decir, la Historia nos da una visión general de lo que ocurrió, pero no atiende a lo particular, a las implicaciones individuales. La eliminación de este plano particular dificulta el tener una relación más íntima con el pasado, por tanto, dificulta la memoria. Pero previo a esto, cabría preguntarse si para el espectador (inserto en una sociedad saturada de información y sensacionalismo) el monumento se vuelve puro entretenimiento, un objeto de consumo más. Para ello nos detenemos en el planteamiento de Byung Chul Han, y en su obra el *Buen entretenimiento* (2019). El autor hace referencia a Hegel a la hora de hablar de un arte que trabaja con la verdad. Este tipo de arte no se dedica al mero entretenimiento, su fin no es colmar los sentidos del individuo. Para Hegel tanto el arte como la filosofía tratan de apelar a la verdad como al espíritu:

«Nuestra vida actual» se rige, según Hegel, por «formas universales» que no se pueden alcanzar en el elemento del arte, que es la sensibilidad, el arte es «para nosotros algo pasado»(...). El «personamiento» o la «reflexión»(...) han sobrepasado las bellas artes (...) el centro de trabajo del espíritu se ha desplazado del arte a la filosofía y a la ciencia, que son capaces de mayor conocimiento y verdad. (Han, 2019, p.43).

En nuestro contexto encontramos que hay una pobreza de experiencia, el consumo que hacemos, generalmente es de entretenimiento y este no pretende buscar la verdad o transcender, sino colmar los sentidos. Se busca evitar el dolor y con ello olvidamos una parte de la verdad. Actualmente como señala la cita de Hegel, hay un cambio: “Un apasionamiento por lo bello, lo cual proporciona tanta dicha porque está libre de toda obligación de portar un significado y expresar una verdad” (Han, 2019, p. 45). En términos generales hemos roto los lazos con nuestro entorno, con las cosas, las personas o el mundo, y el tipo de consumo que tenemos es un reflejo de ello, pues hemos tomado una actitud pasiva, de escucha, de observador, lo que nos ha llevado a dejar de lado el poder de la acción. En definitiva, nos hemos distanciado empobreciendo las relaciones, la experiencia. Recordemos el papel del arte a lo largo de la historia. Por ejemplo, el uso de monumentos en Grecia y Roma tenía una connotación patriótica, los rituales generaban comunidad, las tragedias transmitían enseñanzas. Es decir, la relación que establecían con el arte potenciaba el hablar de una verdad, transcendía, no se quedaba en la mera apariencia, en la belleza, se anclaba en la vida activa y cotidiana potenciando la acción para transformar el presente. Para los griegos, el arte potenciaba el establecer una conexión, permitiendo expresar y dotar de sentido a aquello que no tenía palabras, tenía una conexión directa con la vida personal y social. Los mitos, los rituales, o las obras de arte medievales transmitían valores, educaban y la gente hacia acción de ellos en su presente.

El arte se basa en esta «suprema y heroica antinaturalidad». Salva el intenso e inescrutable momento en el que uno se queda sin habla expresándolo con palabras. *Hacerse palabra* redime: «aquí es donde debe ser contradicha la naturaleza» (...) lo que les interesa a los poetas griegos no es «subyugar al espectador mediante afectos». Más bien todo lo transforma en razón y palabra (Han, 2019, p. 47).

Una vez visto esto, debemos preguntarnos sin perder de vista nuestro problema central: ¿Qué ocurre en la época de la aceleración y de la relación superficial con las cosas?, El entretenimiento, como apunta Han, apela al gusto, es decir, a lo puramente agradable. Este trata de saciar los sentidos, pero no busca trascender ni comunicar un saber: sólo nos sirve como algo momentáneo, de tal manera que su esencia se queda en la inmediatez. Como plantea Han; la TV o internet, no sólo reproducen la realidad, sino que produce realidad, aquello que debe considerarse real. “El entretenimiento de masas hace que los significados y valores circulen por

la vía narrativa y emocional” (Han, 2019, p.110) De esta forma resulta muy difícil crearse uno su propio mundo, su propio camino.

Lo interesante, por tanto, es ver cómo actualmente nos relacionamos con los memoriales, puesto que tiene características e intenciones distintas a las aportadas por el entretenimiento: Son monumento erigidos para la memoria. Por ello, es importante previamente atender al entretenimiento, el cual establece una determinada visión del mundo, una narración concreta que determina cómo entender el mundo. Es decir, una forma de consumir, de plantear cómo relacionarnos con las cosas. El mercado está enfocado a los estilos de vida y la publicidad apela a lo emocional (con un fin superficial, sólo para llamar la atención). Una lógica parecida sigue el entretenimiento. Como señala el autor surcoreano:

El entretenimiento lleva a cabo una exoneración ontológica ofreciendo figuras previamente confeccionadas que encarnan sentidos (...) El entretenimiento no es lo contrario a la «preocupación», no es un entregarse despreocupado al mundo, sino una forma decadente de la «preocupación» en la que la existencia se preocupa de proporcionarse cosas que la exoneran de su existir. (Han, 2019, p. 111).

Lo que nos encontramos es que el sujeto contemporáneo presenta un consumo general centrado en el entretenimiento (en términos generales), de tal manera, que ya no generamos una relación profunda y detenida que apele a una verdad, a una transmisión de experiencias (en el sentido de Benjamín), que nos permita dotar de sentido los hechos que ocurrieron. La relación superficial que se da basada en el entretenimiento no busca la reflexión, sino apelar a los sentidos.

Una vez planteada la relación con el entretenimiento, la cuestión es: ¿cómo se relaciona un individuo joven de tercera generación (con respecto a la primera o segunda guerra mundial) que vive mediado por la tecnología y sometido a la lógica del entretenimiento, con un memorial? ¿La relación que se establezca será algo superficial? Si el acercamiento al memorial se da bajo las mismas condiciones que se aplican con el entretenimiento, este acercamiento será meramente atendido por cuestiones de acumulación (recordemos al turista mencionado anteriormente). Por tanto, la forma de relacionarse no varía, aunque varíe el objeto o producto, pues se actúa bajo unas formas muy concretas, hechas ya hábito.

Por ello, la pregunta relevante es: ¿Cómo será entonces la relación con la memoria que hay implícita en este tipo de monumentos? El acercamiento a la memoria será el de atender a una mera yuxtaposición de elementos y de información del pasado. Si es así, no se extraerá una experiencia, no se generará conocimiento, ni inquietud, sino que se niega lo que planteaba Benjamín: hacer del pasado una experiencia, lo que implica modificarlo y que nos modifique. Para poder adquirir esa experiencia, se necesita establecer conexiones emocionales con ese pasado, que sean profundas y de cierta duración.

5. MEMORIA EJEMPLAR: VOLVER A SITUAR EL PASADO EN RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA

Una vez llegados a este punto nos podemos preguntar; ¿Es posible la memoria en un contexto de aceleración y de dinámicas que dinamitan la propia esencia de la memoria? ¿Qué tipo de acceso al pasado podemos tener y con qué utilidad? En base a lo planteado hasta ahora, partimos de una mirada desconectada o superficial del pasado, pues si me relaciono de forma superficial en términos generales, también ocurrirá cuando miremos al pasado. La pretensión de este punto es la de plantear desde qué concepción de memoria parto, pues no sólo es una visión, sino que además es una visión propositiva. Se trata de plantear una nueva forma de relacionarnos con el pasado, con la memoria, tanto social o histórica, como personal. Para después acercarme, desde este lugar, a la relación que tenemos con los memoriales.

Como nos señala Andreas Huyssen (2001) en su obra *En busca del futuro perdido*, a partir de 1980 destaca el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales, un giro hacia el pasado que contrasta con la tendencia a privilegiar el futuro en la modernidad del siglo XX (p.13). Se da un gran interés por el pasado; hay una recuperación de paisajes, centros urbanos o pueblos, creación de museos, un marketing masivo de la nostalgia, escritura de memorias y confesiones, etc. Debido a esto, Hermann Lubbe destaca Huyssen plantea que hay una *musealización* del mundo, además:

Diagnosticó un historicismo expansivo y sostuvo que nunca antes hubo un presente cultural tan obsesionado por el tiempo pretérito (...) la modernización va acompañada (...) por la atrofia de las tradiciones válidas, por una pérdida de racionalidad y por un fenómeno de entropía de las experiencias de vida estables y duraderas. (Huyssen, 2001, p.30).

Si atendemos por un momento al patrimonio memorial, nos damos cuenta de la gran apuesta que están haciendo los países con relación a este tema. Destacando por ejemplo Francia, donde como señalan González y Font (2016) en el artículo “*La museización del patrimonio memorial transfronterizo: el caso del exilio republicano y sus espacios*”, el país galo ha sido pionero en plantear una estructura centrada en el *turismo de la memoria*. Tienen como objetivos la educación cívica y el desarrollo territorial, se busca despertar la conciencia histórica. Donde citando a Urbain, señalan que “se trata de despertar la conciencia histórica del visitante, entendiendo el epíteto histórico no como el acto de recordar, sino como algo mucho más profundo. Se trata de, mediante el recuerdo, reconocer y aceptar nuestro pasado, por muy duro que sea” (p.4). ¿pero cuál es el problema que nos estamos encontrando? Como señalan los autores, se están dando debates sobre la banalización o no de los espacios memoriales a través del turismo. ¿Por qué hay esa banalización? podríamos presuponer que por el tipo de relación que establecemos.

Como ya hemos señalado en este trabajo y como señala Huyssen, todo esto se desarrolla en el contexto de “*Erlebnisgesellschaft*”, de la “sociedad de la vivencia”, es decir, el abandono de la Experiencia en pos de la vivencia. Se sitúa por tanto en un contexto donde hay una aceleración del presente que se volatiliza centrado en una constante actualización, mientras volvemos la mirada hacia el pasado buscando sentido, pero debido a las condiciones de nuestro presente establecemos relaciones superficiales con ese pasado.

Tzvetan Todorov, en su obra *Los abusos de la memoria* nos plantea desde un punto de vista político y colectivo, que actualmente hay un “culto a la memoria” debido a la necesidad de una identidad colectiva, ya que nuestro modelo de comunidad antiguo ha quebrado. Por otro lado, se da ese culto porque nos permite desentendernos del presente, en un tiempo de fluidez y sin compromisos: “recordar ahora con minuciosidad los sufrimientos pasados (...) Permite ignorar las amenazas actuales” (Todorov, 2008, p. 92). Esta utilización de la memoria nos sitúa en una situación comprometida, pues como apunta Estrella de Diego en su obra *Travesías por la incertidumbre*, “Curar la perdida, refuerza la perdida misma”, es decir, ese culto a la memoria está centrado en la nostalgia como algo patológico, donde no hay una superación, pues nos presenta el pasado como algo separado e inconexo del presente. ¿Debemos mantener una relación con el pasado superficial y nostálgica? El término nostálgico destaca no por entablar una relación profunda, sino porque nos quedamos atrapados en lo que aconteció y las posibilidades que hubo para ese acontecimiento, es decir, es una mirada pasiva o su acción se redirige hacia el pasado, bien porque hay una añoranza hacia ese pasado “mejor” o hacia lo perdido, dándose de esta forma una ruptura o separación con el presente.

Esta ruptura está potenciada por la dinámica acelerada actual que destaca por “la desconfianza por la experiencia y expectativas y por la contracción de los lapsos de tiempo definibles como el presente” (Rosa, 2013, p.26). Esto afecta a las formas de relacionarnos, de consumir el pasado, y hace que el acceso al pasado se dé mediante una relación superficial (el sujeto líquido trata de no atarse, de no comprometerse) además se da atendiendo a la lógica de consumo del entretenimiento, es decir, para colmar los sentidos y renunciando, por tanto, a la búsqueda de una determinada verdad, hecho que es probable que potencie lo nostálgico y la separación de los tiempos.

El miedo al olvido y a la desaparición opera también en otros registros. (...) Mi hipótesis es que intentamos contrarrestar ese miedo y ese riesgo del olvido por medio de estrategias de supervivencia basadas en una “memorialización” consistente en erigir recordatorios públicos y privados. Lo que está en cuestión es distinguir entre los pasados utilizables y los datos descartables (...) El giro hacia la memoria recibe un impulso subliminal del deseo de anclarnos en un mundo caracterizado por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fracturación del espacio en el que vivimos (Huyssen, 2001, p.24).

En ese giro hacia el pasado, en ese *boom* de la memoria, encontramos el problema que nos interesa tratar. Pues se intenta contrarrestar, no sólo el miedo, o el riesgo de olvido, sino la volatilidad del presente, la pérdida de sentido: Volvemos la vista al pasado para buscar un sostén, un sentido, a su vez realizamos monumentos, recordatorios, de lo que aconteció, para no olvidarlo y repetirlo, pero nos encontramos que debido a las características de consumo y del contexto actual la estrategia de erigir recordatorios públicos y privados pierde sentido y se va quedando vacía, debido a la relación superficial que establecemos.

Por tanto, podemos preguntarnos, pero ¿recordar para qué? Para no repetir los sucesos dolorosos del pasado, para tomar conciencia y aprender de lo que ocurrió, al menos, estas son las repuestas frecuentes. Como señala De Diego (2005) Hay que recordar cuando la pulsión del ser humano sería olvidar. Pero nuestra sociedad nos instiga al recuerdo: de forma privada en el diván y colectiva ante el monumento, recordar para evitar males mayores (p.164). Hay una tendencia al recuerdo, pero a la vez, nos encontramos en una sociedad acelerada, que como ya hemos visto plantea relaciones superficiales. El pasado es la base de nuestro presente, un presente construido por lágrimas, dolor, atrocidades, sudor, sonrisas, alegrías, un pasado que fue soñado y proyectado por aquellos a los que ahora olvidamos o tratamos de recordar. Lo que

ocurre es que nos acecha un problema: tenemos una mirada nostálgica del pasado y pasiva, nos volvemos meros observadores y eso tiene que ver con que hemos “roto” con el pasado (se vive como algo separado, no interconectado) o al menos, estamos planteando relaciones con el pasado más frágiles o superficiales, a diferencia, por ejemplo, de nuestros abuelos, para los que el pasado estaba más presente y conectado con su vida. Ahora vivimos en la plena actualización del presente, lo que impide también disfrutar del propio “ahora”, porque esa actualización constante volatiliza lo que acontece en el presente haciendo que su sentido y significado queden anclados en el pasado o proyectados en el futuro inmediato: recordemos lo planteado anteriormente: la atomización del tiempo, la aceleración, etc. Por ello, es importante atender al tipo de relación que establecemos. Se ha comercializado con la memoria, se han creado grandes redes de monumentos, de puntos de conexión con el pasado, pero lo que hemos cambiado y olvidado, no es el objeto o el acontecimiento, sino la forma de relacionarnos con él. Hemos generado una memoria fija y racionalizada, hemos dejado todo en manos de la Historia, y hemos depositado con seguridad la esperanza del recuerdo en unos monumentos, pero no vale con eso. Necesitamos una memoria viva, que potencie todos los lazos que establece el monumento, todo lo que se da a su alrededor, es decir, volver a reconectar con el pasado, para ello necesitamos que la memoria vuelva a formar de la vida cotidiana.

Vivir el presente es no darle muchas vueltas a lo pasado... ni a lo futuro. La sociedad occidental, tan ocupada con el pasado -lo que no puede olvidarse- y con el futuro -lo que no debe repetirse-, aturdida haciendo planes mientras la vida se escapa, ha perdido la noción del ahora mismo, aquella que permite a otras culturas permeabilizar territorios (De Diego, 2005, p.164).

¿Por qué otras culturas permeabilizan territorios? Porque entienden el presente como una continuación del pasado, ambas partes siguen entrelazadas, en convivencia. Es por ello, por lo que se hace relevante plantear una nueva relación con el pasado que vuelva a reconectar y articular el presente, hay que activar esas conexiones y entender que el pasado y el presente no son dos cosas separadas, distantes e incommensurables. Donde la forma de permeabilizar territorios pasa por el lado sentimental del ser humano. Es preciso para este trabajo el volver a preguntarnos por el tipo de relaciones que establecemos.

Hemos visto a lo largo de todo el trabajo y en distintos planos, los problemas que genera una sociedad acelerada, con un tiempo atomizado. Ello implicaba la falta de compromiso, las relaciones superficiales, y la falta de *telos*: de algo que vertebre dándole sentido. A su vez, nos encontramos que a nivel colectivo la memoria que predomina es, pues, la histórica, que no es más que un tipo de memoria “homogeneizada” y centrada en los sucesos nostálgicos de los vencedores. Aquella que opone la memoria “objetiva y manufacturada” frente a una memoria individual, la experiencia del sujeto. Predomina esta, puesto que el pasado ha dejado de formar parte de la vida cotidiana. Pero como señala De Diego (2005) no hay Historia sin memoria, ambas son parte de la realidad, como también lo es el folklore (p. 166) Pero la duda que nosotros tratamos de disipar es: ¿Qué tipo de relación con el pasado nos encontramos? ¿Es posible un tipo de memoria enriquecedora? ¿Es necesario que el pasado forme parte de la vida diaria? (que sea la base de la vida cotidiana). En una sociedad líquida, es lógico que se dé una ruptura con el pasado y que para el sujeto deje el pasado de ser sustento de la vida cotidiana, pues sería algo que le atase. En cierta manera es lo que demanda nuestra actualidad, pero no olvidemos que hay elementos de nuestras vidas que si queremos que funcionen bien necesitan cierto cuidado, cierta lentitud, un tipo de relación concreta, por ejemplo, las relaciones que establezcamos con las cosas, personas, o el mundo. Por ello, cuando atendemos a la memoria, debemos de

plantearnos esta cuestión, ¿hay que mantener esos lazos, esa relación profunda y que sea una continuidad con el presente o tomar distancia y entenderlo como dos tiempos diferentes?

Antiguamente había lazos que conectaban de forma directa con el pasado, desde rituales, hasta las formas de relacionarse de forma más cercana y en comunidad. No hay más que mirar a la generación de la guerra civil y comparar con las que nacieron en los 2000. Para ellos había una conexión más emocional y cotidiana con el pasado, no tenían una conexión global y un conocimiento inmediato tan amplio como nosotros, pero lo tenían localizado y profundo. Por ejemplo: Su vida cotidiana estaba llena de conexiones, las casas estaban llenas de objetos con referencias a otros tiempos, a otras personas, había prácticas como “los quintos”, las romerías, los entierros, etc. Que no sólo tenían una función concreta, sino que además generaban un tipo de relación profunda y daban continuidad entre el pasado y su presente (nos interesa la estructura de la práctica no la práctica concreta). Además, para ellos tenía mucha más presencia el mundo físico y cercano, por tanto, los lazos del pasado eran lazos que eran parte del presente, creando una continuidad. Mientras que para nosotros el pasado tiene un matiz más racional y archivístico que emocional, es decir, no significa que no haya lazos emocionales con nuestro pasado, sino que no convivimos con ese pasado, no es parte de nuestra vida cotidiana, la relación que establecemos con el pasado es propia de un sujeto líquido.

En nuestra actualidad y cada vez más a futuro, tendemos a apostar más por el mundo virtual que el real o físico, además cada vez hay más desconexión en nuestra vida cotidiana, ya nuestros hogares no están llenos de objetos con pasado, sino manufacturados, que no hacen referencia a nada, han perdido el “aura” de Benjamin. Como señalaba Adorno nuestras prácticas y vida han sido invadida por la lógica del mercado: con el principio de substitución y el de intercambio nuestros objetos son intercambiables y sustituibles.

El pasado se entendía de otra forma, porque tenían mecanismos que hacían interactuar o anclar esas conexiones en el presente. Por ello, tenemos que ser conscientes de ese pasado. La única forma de salir de esta mirada sobre el pasado, dentro de un presente diluido por la aceleración es, como apunta Todorov (2008), optando por la memoria ejemplar: aquella de la que se extrae una lección y “el pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente” (p.50). De esta forma lo primordial vuelve a ser el presente. Hemos olvidado que nos situamos en el presente para articular los demás tiempos, que sin este no existe otro tiempo distinto. Lo hemos volatilizado grabándonos en la piel, frases del tipo: “Siempre hacia adelante”, mientras que cuando ha tocado mirar al pasado, como apunta Todorov, la memoria de nuestros duelos nos ha impedido salir de ellos.

Debemos hacer realmente un uso de la memoria, no simplemente tenerla, es lo que exige nuestra circunstancia. Recordemos lo que nos decía Ortega y Gasset en *Meditaciones de Quijote*, “Yo soy yo y mis circunstancias; si no las salvo a ellas no me salvo yo”. De eso trata la memoria ejemplar, “Es importante señalar que, una vez más la oposición no se da entre la memoria y el olvido, sino entre la memoria y otro aspirante (...) la creación o la originalidad” (Todorov, 2008, p. 34). Se trata de volver articular un lugar en el presente desde el pasado, esa creación u originalidad, son las que permiten volver a conectar el pasado con el presente. David Rousset, es el ejemplo que aporta Todorov (nos interesa la estructura del ejemplo): Tras ser prisionero político en uno de los campos de concentración más grandes, Buchenwald. Es liberado, pero no se quedó atrapado por la memoria literal, aquella que lo llevaría por el camino de la nostalgia, la no aceptación e incluso el rencor, comenzó a escribir libros para comprender y analizar lo ocurrido. Realizó un llamamiento para investigar los campos de concentración de la URSS. Ante esto planteado podemos preguntarnos, ¿Es aplicable ese tipo de memorias en

todo tipo de contextos? ¿Qué implica realmente el adoptar esta postura en el contexto actual? Es obvio que la experiencia es cercana y que al vivirla él, lo ha concienciado y lo ha empujado a la acción. Pero eso no impide que, en contextos y situaciones diferentes, no optemos en la medida que se puede por la memoria ejemplar.

¿Por qué es tan importante esta propuesta de relación basada en la memoria ejemplar? No sólo se trata de justicia, o que de esta forma la memoria tome una dimensión de acción activa, es decir, aquello que nos permite hacer de lo pasado algo con lo que construir un presente y futuro. Sino que se trata también de recuperar y mantener el tipo de relación con el pasado, no el producto concreto, se debe recuperar las prácticas que generan relaciones, que cuidan, que dan profundidad y sentido. Es decir, se trata de plantear una apuesta por establecer una relación en forma de diálogo, de búsqueda, de tiempo con aquello a lo que nos pretendemos acercar, para sustraerlo de la lógica común con la que convertimos todo en bienes de consumo instantáneo y de entretenimiento para de esta manera volver a rearticular el pasado y el presente como una continuidad. Se trata de ser consecuentes, de reactivar la memoria, de proyectar la acción hacia el presente, no a la mera contemplación o la recreación del pasado. El potencial principal de la memoria no es recordar para evitar realizar lo que pasó, sino hacer para no olvidar y no repetir lo que pasó, por ese es esencial la memoria ejemplar.

6. PROPUESTAS CON LAS QUE TRASCENDER LA RELACIÓN SUPERFICIAL QUE ESTABLECEMOS CON EL PASADO

“Lo que aviva el canto no es la palabra sino la melodía”

(Byung Chul Han, 2019, p. 47).

A lo largo del trabajo nos hemos centrado en atender las condiciones desde las que accedemos al pasado, concretamente, como el contexto acelerado influye en la mirada y la relación que establecemos con el pasado. Hemos visto cómo se plantean relaciones superficiales con las cosas, el mundo o las personas y cómo es necesario replantear el concepto de memoria que usamos, pues si queremos volver a dotar de sentido, de profundidad las relaciones necesitamos de cierta pausa, compromiso y de una visión del pasado fuera de lo “nostálgico”. Por ello, en este punto, vamos a ver distintas propuestas para trascender la relación superficial característica de un contexto acelerado, todo ello, en la línea de la memoria ejemplar, una memoria que hace del pasado acción presente, es decir, que se vuelve acción y que proyecta un compromiso, volviendo a conectar el pasado con el presente, entretejiéndolo. De esta forma se trata de romper con la forma de acceder al pasado como algo nostálgico, una mirada que no atiende a la continuidad, a los procesos, sino a los posibles que quedaron sin realizar en el pasado, siendo una memoria cerrada en sí misma. Para ello nos centraremos en la relación que planteamos con los memoriales, pues es una de las preocupaciones del trabajo: ¿Cómo se relaciona un joven con el memorial? Expondremos cuatro propuestas con las que afrontar la relación superficial y reconectar al sujeto con el memorial y el pasado.

6.1. Privatizar a los muertos

En 1982 se realiza el monumento a los Veteranos de Vietnam. Este memorial tiene cerca de tres millones de visitantes al año y en él se encuentran los nombres tallados de cincuenta y ocho mil americanos muertos y desaparecidos en la guerra. El monumento es una gran hendidura en la tierra con forma de “V”. Representa, claramente, la huella que dejaron en su tierra aquellos que fueron a la guerra de Vietnam. Cuando uno se acerca se ve interpelado, pues las losas donde están tallados los nombres reflejan completamente al observador.

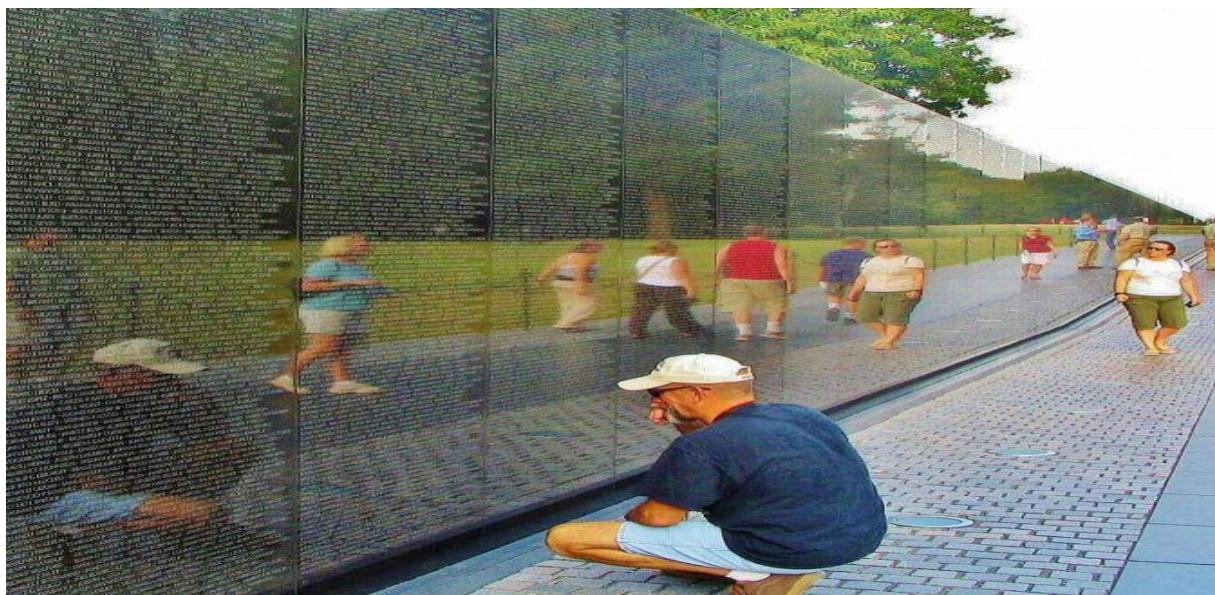


Fig.1 Memorial de Caídos en la Guerra de Vietnam en Washington, recuperado de: <https://guias-viajar.com/estados-unidos/washington/vietnam-memorial-washington/>



Fig. 2 Memorial de Caídos en la Guerra de Vietnam en Washington, recuperado de: <https://bellumartishistoriamilitar.blogspot.com/2012/06/monumento-los-veteranos-de-vietnam.html>

Con esta obra, Mayan Li consigue realizar un ejercicio de iconoclasia sutil, al intercalarse los nombres con la imagen. El espectador ya no puede escabullirse del pasado, está enfrente de él. El memorial le interpela, ¿Cómo responderá el espectador? En esta ocasión la iconoclasia no se trata simplemente de eliminar una imagen, sino de intercalar ese sujeto presente con el recuerdo de muchos otros. Se trata de atender a la memoria de un hecho muy concreto interpelando al sujeto que está ahí presente. Esto se consigue mediante los nombres inscritos, pues rompen la imagen de cada individuo. La pared actúa, aunque de forma pobre, como un espejo, en el que se encuentran las marcas de la historia, donde los nombres se dan como puntos de memoria.

Si nos paramos un segundo y recuperamos lo visto hasta ahora, cabe preguntarse qué ocurre cuando se visita un monumento como este: ¿se trata sólo de un ejercicio estético y turístico? ¿O realmente la hendidura es también de quien la observa?

Los monumentos o los memoriales son vestigios del pasado, que nos están interpelando a recordar, se construyen para dificultar el olvido. Es a la hora de relacionarnos con ellos, donde situamos una de las propuestas de este punto, centrada en cómo nos relacionamos con el pasado, y sobre todo con los memoriales.

Esta propuesta tiene que ver con plantear relaciones profundas, en las que dediquemos tiempo, cuidado y atención. De tal manera que podemos preguntarnos: ¿Cómo plantearlo concretamente? Para esta propuesta nos hacemos las mismas preguntas que Estrella De Diego frente a la tumba de Lenin: “¿Cómo hablar a los muertos? ¿Qué decirles mientras se están muriendo? ¿Qué contarles para dejarlos irse, para no retenerlos, unos minutos más, sólo eso?” (De Diego, 2005, p.158). La autora plantea que para hablar de los muertos públicos hay que convertirlos en muertos privados; hay que crear una relación íntima con ellos, si no, esos muertos colectivos, junto con el pasado a recordar, se quedan vacíos. Hay que aprender, por lo tanto, a amar a los muertos públicos. El hacer a los muertos públicos muertos privados requiere,

salvando las distancias, lo mismo que el cuidado de una relación de amor, de amistad: un interés, un cuidado. Hay que dedicarles tiempo, interesarse por su contexto, por lo que les paso, cómo fueron tratados. Deberíamos sentarnos sin prejuicios, sin juzgar, y preguntarles por lo que vivieron, y con sus conceptos, con su forma de ver el mundo, empatizar. Y de esa relación, nos llevemos lo que nos llevemos, que sea aquello que nos sirva para continuar. De esta forma, la relación que establezcamos será profunda, de compromiso, y con contenido. Daremos valor no sólo al monumento por los valores que hemos visto con Rielg, sino por la significación que ha adquirido para nosotros.

El ejemplo que nos pone De Diego es el de Dulce María Loynaz. La poetisa cubana escribe una carta de amor a Tut-Ank-Amen, y gracias a este ejercicio logra que este muerto se convierta en un muerto privado, en su muerto, creando una conexión íntima. Se da así cierta implicación por parte del sujeto, gracias al hacer meticuloso que conlleva la carta, atravesando de esta manera el espacio y el tiempo. El crear una relación profunda, requiere tiempo, cuidado, sacrificio, duración, pero además implica crear una continuidad, huir de la volatilidad, proyectar a futuro, por ello, es interesante relacionarse desde un lugar de apertura, de interés por escuchar y comprender. Es por esta razón, que De Diego señala que a los muertos hay que hablarles en condicional, haciendo referencia a la hermenéutica tibetana: “Y en vez de hablarle de los momentos compartidos, del pasado- «¿te acuerdas?»- para que quisieran quedarse, le hablé del futuro que le esperaba porque tenía que irse.” (De Diego, 2005, p 159).

Debemos plantear otro tipo de relación, una que salga de la nostalgia, de los traumas, para construir un presente y futuro sano, pues esta propuesta, no trata de reabrir viejas heridas, ni de que trasciendan viejos dolores. Se trata de construir una continuidad entre pasado y presente y a su vez, se trata de ver cómo el punto de partida a la hora de relacionarnos con las cosas ya determina la relación, pues nos estamos relacionando con el pasado de una determinada manera. Además, se trata de señalar que el recuerdo de las generaciones más cercanas al hecho estaba marcado por el trauma y el duelo, sin embargo, la relación inicial de las nuevas generaciones está dirigida o mediada por esta segunda generación. Nuestra postura es la de no olvidar y rearticular el pasado para poder mirar al futuro. Por este motivo es crucial el ejercicio de la memoria, pues como señala Adorno, la memoria es posibilitadora de justicia.

Pero cabe recalcar dos cosas: el tipo de relación que establecemos, pues necesitamos una relación profunda con las cosas, pero además es importante que luego la relación con el pasado se vuelva acción presente, es decir, que haya una continuidad entre ambos tiempos. De tal manera que debemos realizar la privatización de los muertos, pero siempre hablándoles en condicional.

6.2. Crear un relato compartido

En cuanto a la segunda propuesta, se trata de entender cuál era el papel de los ritos, se trata de atender al papel que tenían determinadas acciones comunitarias, para aprender y adaptarlo a nuestro contexto. Por ejemplo, en la zona de la que soy, el Valle Salazar, existían palabras como “bellar”, que era quedar en la casa del vecino para hablar, ponerse al día, mientras hacían labores de casa, o “auzolan”, que era realizar un trabajo comunitario mediante la participación voluntaria de los vecinos. Esas acciones se caracterizaban por un fuerte vínculo, por la relación profunda y por estar exentas de una lógica del mercado, se hacían porque simplemente era bueno, había que ayudar, o porque había una determinada relación y así también se mantenía. Había un compromiso, un honor, una preocupación por los otros. En la antigüedad, los ritos tenían una función comunitaria.

De diego, haciendo referencia a Motzkin, se pregunta qué debe ser recordado, por quién y cómo. El relato que construimos cada uno, tiene un papel fundamental pues crea un recuerdo, un sentido, de esta manera funciona como el recuerdo del acontecimiento, allí donde no puede haber acontecimiento. Se necesita de un relato compartido, pues la memoria se aprende, y al recordarla se transforma. Por ello, se necesita de un relato que posibilite el acercamiento a las nuevas generaciones. (De Diego, 2005). El relato, no sólo funciona en los momentos de trauma, que es donde más fuerza adquiere, los relatos tienen potencial y funcionan en cualquier tipo de situaciones, porque son creadores de sentido. Y para crear ese relato compartido, se requiere de las relaciones profundas. Lo interesante de esta propuesta, es que, a diferencia de la dimensión que se trabaja al privatizar a los muertos desde una perspectiva individual, el atender a los ritos, a la creación de un relato compartido apuesta por una dimensión colectiva. Se trata de comprender que la relación con el pasado que establezcamos también es compartida y nos puede ayudar a comprender y relacionarnos de una forma profunda con él.

Orfa Kelita Vanegas (2014), en su artículo “*Los lugares de la memoria: espacios históricos de Ambalema y su representación en el imaginario social de las nuevas generaciones*” realiza una investigación sobre los lazos éticos y afectivos que explican las relaciones de la población con su entorno, con el pasado, la tradición y los ancestros. El proyecto inicial era realizar un taller literario, lúdico-educativo para que los jóvenes aprovecharan el tiempo libre de los sábados, y que se familiarizaran con el entorno regional. Pero durante el desarrollo del taller, se dieron cuenta que había una desafección por el lugar que habitaban, el desconocimiento de las tradiciones históricas y la visión despectiva o indiferente por parte de los jóvenes hacia los lugares emblemáticos del pasado. Teniendo en cuenta el pasado histórico notorio de la región, chocaba que no lo conocieran, que tuvieran indiferencia y, además, tampoco había una potencia simbólica de los lugares, que potenciase así un sentimiento de identidad. (p.193). Lo que hicieron es redirigir el taller, y plantear un plan para reactivar esas relaciones con el entorno: búsqueda de información, hablar con los habitantes para ver que implicación afectiva tenían con los monumentos, se centraron, en reactivar y explicar a los niños, los dos planos que están en juego en cuanto a los lugares de memoria: los lugares históricos y los lugares imaginados: el mismo lugar, pero atendiendo a la implicación emocional individual que puede establecer cada persona.

En este trabajo, una vez más, lo que nos interesa es destacar la estructura, no el caso concreto. Para ser conscientes de la utilidad que tiene esto, en cuanto a la relación con el pasado, debemos recuperar el contexto del que partimos y las cualidades que tiene. Por qué cuando nuestros abuelos nos cuentan cómo vivieron o qué les paso, ¿son sólo cuento sin referencia, historias donde prima su forma? En muchos casos, hay algo más que una llamativa historia y es, la Experiencia (*Erfahrung*) de la que nos hablaba Benjamín, el que prime la forma o la vivencia, tiene que ver con esa ruptura con el pasado y esa tendencia de la aceleración a atender a las consecuencias y primar la vivencia. No se trata de volver hacia el pasado y replicar lo que hacían, sino de ser conscientes de las implicaciones de ese tipo de relaciones, y aplicarlas en nuestro contexto, en cierta manera, se trata de plantear cierto proceso dialéctico.

Volviendo ahora nuestro interés hacia los memoriales podremos apreciar la utilidad de este tipo de prácticas, pues si pretendemos atender a los memoriales y relacionarnos con el pasado de forma profunda tiene vital importancia lo planteado, pues nos permite crear un relato compartido, de tal manera, que no sólo dotas de riqueza y profundidad el relato, sino que la relación también es profunda. Esto hace, que los valores señalados por Rielg no sean los únicos que tiene el monumento. Sino que se crea una red de caminos y relaciones entorno al acontecimiento que permiten permeabilizar territorios. En definitiva, la idea es no quedarnos en la recuperación de un edificio, por ejemplo, en una nevera, en un molino o en un castillo,

sino en volverlo acción en el presente, reactivar sus prácticas, usos, hacer ejercicios de memoria, hacer de la memoria algo vivo, recuperando la receta de la abuela y haciéndola, volviendo a mandar cartas pero entendiendo y siendo consciente de lo que implica y se crea, ir a ver el memorial y saber que ocurrió, y dejar que nos cambie, se trata en definitiva, de recuperar todo lo que ocurría a su alrededor.

6.3. Habitar el espacio como base para una relación profunda con la memoria

Muchos de los memoriales los encontramos en las propias ciudades. En la antigua Roma y en otras culturas encontramos que la propia casa era el lugar para la memoria, con un pequeño altar para los difuntos. Es relevante observar cómo han cambiado las formas de habitar las casas, y de acotar el espacio para la memoria, pues esto, también es sintomático. Ya no hay hogares, sólo hay lugares de tránsito y de trabajo.

Como nos plantea Vicente Valero en la obra *Experiencia y Pobreza: Walter Benjamin en Ibiza* (2017), la pérdida del “aura” estaba ligada a la experiencia, a la belleza, a la singularidad e incluso a la tradición como señalaba el propio Benjamín. Antes, la casa era el mundo. Ahora, las nuevas macrociudades están diseñadas para generar casas sin huellas, limpias de toda tradición, comunidad y experiencia.

Recordemos lo que plantea Buaman: para la sociedad acelerada el espacio es algo sin importancia, pues lo llenaran por un segundo. De esta forma, cambia también nuestra relación con el espacio. Se nos presenta ya no como algo cercano y familiar (lo que vendría siendo el concepto de *hogar*) sino como algo frío y transitorio (*una casa*). Nuestras ciudades están llenas de monumentos, de vestigios del pasado que nos llaman a recordar. El problema está en si habitamos esos lugares, si podemos establecer una conexión íntima con ellos. Para comprender mejor a qué nos referimos al hablar del hogar y de la relación íntima con el espacio, nos centraremos en el artículo de Higinio Marín “Muerte, Memoria y olvido”:

La arquitectura cuando organiza el espacio le da la forma de una costumbre, de un hábito especializado como habitación (...) La arquitectura permite al hombre morar, del latín *morari* que significa permanecer y costumbre. Morar es tener a dónde volver. Pero volver no es algo que se pueda hacer a cualquier lugar, y no sólo porque no se vuelve a un lugar que no se recuerda, sino, todavía más, porque sólo se vuelve a los lugares que forman parte de uno mismo, al lugar del que uno es morador porque ahí de algún modo uno permanece como habitante (Marín, 2006, p.319).

El hogar es el lugar donde habitamos con significación, es decir, donde tenemos una relación profunda con el entorno y el espacio. Lo mismo ocurre con los memoriales, pues se requiere de ese habitar para tener una relación significativa. Lo que nos lleva a preguntarnos, ¿Qué nos falta, que se está desvaneciendo?, como señalaba Debord, a la vida cotidiana le falta la vida. Para los griegos la muerte era un proceso: “Estar muerto es como estar vivo, un modo de habitarse un lugar; mientras que morir es el paso, el tránsito” (Marín, 2006, p.311). Por eso era crucial la memoria, y el mantener la comunicación, mantener la relación entre pasado y presente. Para ellos, dar sepultura al muerto resultaba de gran importancia. De esta forma, el espacio se relaciona con la memoria. En la actualidad nos relacionamos con el mundo de forma superficial: ya no hay un tránsito hacia la muerte. Se parece más a una transacción económica que un elemento propio de la vida. Y en eso se parecen a nuestras megaciudades deshabitadas por superpoblación, repletas de transeúntes y vacías de habitantes. (Marín, 2006).

Las características del sistema productivo nos han llevado a crear ciudades bajo lógicas económicas, y ver el espacio como algo explotable, pero además como algo reducido a un valor económico. ¿Un edificio es sólo un edificio? o ¿un árbol es sólo árbol? Si la respuesta es sí, solo prima lo económico y racional. Lo que hace aflorar que hemos roto las relaciones con el pasado, lo hemos expulsado de la vida cotidiana, al igual que a la propia vida, lo que nos ha llevado a plantea relaciones superficiales con las cosas. De lo que no nos hemos dado cuenta, es que era esa relación con el pasado una de las grandes formas de dotar de matices y sentidos varios a las cosas, la que nos permitía tener una mirada más abierta y por tanto ampliar la relación con las cosas, más allá de la pura racionalidad instrumental.

Parece como si los hombres construyeran «con la esperanza de abandonar los lugares que han construido y [vivieran] con la esperanza de olvidar los años que han vivido». Como si en nuestras ciudades y su cultura rigiera una *damnatio memoriae* imperiosa (Marín, 2006, p.9).

Nos encontramos en un lugar donde se ha realizado una mezcla de iconoclasia y una *damnatio memoriae*, se ha eliminado todo contenido, toda relación posible y nos hemos quedado con la imagen, con el monumento, pero sin que se puede establecer una relación, sin que se pueda habitar con él: ¿Qué les ocurre a las nuevas generaciones? ¿Qué tipo de relación establecen?

El monumento del Holocausto está situado dentro de la ciudad de Berlín. El monumento es el intento de domesticar la muerte, en él, encontramos tanto un cuidado como una resistencia al olvido, ambas guiadas por un pasado hecho presente. la cuestión es: ¿Cómo relacionarnos de forma adecuada con él?



Fig.3 Sean Gallup / Getty Images, recuperado de: <https://www.greelane.com/es/humanidades/artes-visuales/the-berlin-holocaust-memorial-by-peter-eisenman-177928/>

El monumento es la forma de no permitir que el olvido lo domine todo. Pero es curioso como en nuestro contexto el espacio deja de tener un aroma cotidiano, un contenido de vida; nuestra relación es de mero tránsito. El uso que hacemos de este espacio es archivístico. Es decir, ya no hay la relación ontológica que había anteriormente, ya no se habita el espacio. El pasado es la “estructura” en la que habitamos, pero nos encontramos que nuestras ciudades carecen de habitantes por la misma razón que los muertos carecen de memoria. La memoria y la arquitectura están relacionadas, y ambas se resisten al tiempo (la arquitectura responde a una época, a una forma de entender el mundo y el espacio). Además, ambas necesitan de hábito; por ello, morar es tener donde volver (Marín, 2006).



Fig.4 Monumento de los judíos asesinados o del Holocausto de Berlín, recuperado de: <https://guias-viajar.com/viajes-alemania/berlin-monumento-holocausto-judios-asesinados/>

Cuando uno se acerca al memorial del Holocausto en Berlín, sin una conexión emocional, con poco conocimiento histórico y de forma acelerada (el turista debe visitar más lugares de Berlín) surge la pregunta de si la forma de relacionarse del turista hace que se centre sólo en la parte que apela a lo sensitivo, influida por el consumo de entretenimiento (la estructura de estética contemporánea) o si el espectador establece una relación que le permite, en cierta manera, atender a lo que implica la relación con un memorial (que hemos ido viendo a lo largo del trabajo). Atar los recuerdos a un espacio y relacionarnos de forma lujosa con el resto de los elementos permite privatizar a los muertos; de lo contrario, sólo estamos consiguiendo tener una memoria superficial. No se trata de incluir la historia individual en la historia colectiva, sino de dotar de vida esa relación con las cosas. Plantear relaciones profundas requiere de pausa. No funciona este tipo de relación cuando se pretende visitar una ciudad en pocas horas.

6.4. Recuperación de los lugares de imaginación: Posmemoria

La cuarta propuesta tiene que ver con la diferencia entre aquellas personas que vivieron el acontecimiento (primera y segunda generación) y las nuevas generaciones. Recuperamos para ello la división de los lugares de memoria que nos plantea Orfa Kelita Vanegas tomada de Pierr Nora, para posteriormente conectarlo con la estructura de la posmemoria planteada por Marianne Hirsch.

La categoría central se denominó “Lugares de la memoria”, la que a su vez se subdividió en dos subcategorías (...) Los espacios históricos”, para estudiar el pasado de los lugares simbólicos que conforman la arquitectura del municipio(...)y “Los espacios imaginados”, que son los mismos espacios históricos, “modificados” significativamente por las vivencias personales, y se preservan en la memoria individual con otros énfasis de valor según lo vivido en ellos (Kelita, 2014, p.194).

La gran diferencia entre aquello que vivieron el acontecimiento y quienes no, lo representa ese lugar de la imaginación, pues los espacios históricos son a su vez espacios imaginados cuando hay un vínculo con ellos. La cuestión es que el acontecimiento que se rememora en el monumento al Holocausto de Berlín se nos queda lejana en el tiempo, pese a que las implicaciones que hay en él son mundialmente conocidas por todos. Marianne Hirsch, cuando plantea el concepto de posmemoria (una estructura de transmisión generacional y de mediación), se sitúa en la segunda generación (con referencia al Holocausto). Las relaciones con la memoria de aquellas personas son completamente diferentes de las que podemos tener las generaciones posteriores. El acontecimiento pasa de ser vivido a ser pensado y recordado. En el caso de las nuevas generaciones, es sólo pensado. Pero resulta interesante atender al concepto de posmemoria que plantea Hirsch: la posmemoria es diferente de la memoria, es “pos”, es una estructura transgeneracional, donde al igual que con la memoria hay una conexión viva, afectiva.

La estructura de la posmemoria explica cómo las múltiples rupturas y fisuras radicales propias del trauma y la catástrofe modulan el legado intra- (inter y trans) generacional. La labor de la posmemoria(...) se propone reactivar e individualizar de nuevo estructuras memoriales políticas y culturales más distantes, revistiéndolas con formas de expresión estéticas y de mediación familiar(Hirsch, 2012, p.58).

Cuando se relaciona con el memorial una persona de la generación cercana al acontecimiento, el trauma y la catástrofe están muy presentes, es en esa línea donde cobra mucha importancia el papel de la posmemoria para atender a esa transmisión de lo acontecido a generaciones posteriores, más alejadas del hecho en sí. A pesar del tiempo, la relación con el memorial de aquellos que lo vivimos será diferente de las nuevas generaciones. Somos generaciones alejadas del suceso, pero siempre impregnadas por sus consecuencias. ¿Por qué es importante la posmemoria? Porque es una estructura de transmisión generacional inserta en varias formas de mediación.

La primera o segunda generación tuvieron casos de rememoria, que como apunta Hirsch (2015), eran procesos que tenían que ver con la autoidentificación o <<identificación como>>, aunque eran una transposición más que una identificación. Siguiendo los ejemplos propuestos por Hirsch: el intenso deseo de Sethe de que la marcaran también a ella (poniéndole el número que les ponían a las personas en los campos de concentración), o el deseo de Anne Karpf por sufrir tanto como sus padres, ella recibe el recuerdo de su madre como propio en su cuerpo. En este sentido la posmemoria tiene que ver más con una <<identificación con>>, donde el yo y el

otro se vinculan mediante una relación familiar o de grupo, mientras que la rememoración tiene que salvar una distancia espacial, cultural y una coincidencia temporal. (p.123)

En definitiva, la posmemoria, no se centra en el momento de trauma, sino que se centra en las generaciones alejadas de lo que aconteció. El objetivo es reactivar las estructuras memoriales, ya que es una estructura de mediación y generacional, es decir, la vinculación el camino de la reactivación de la relación es a través de un vínculo cercano. Pero atendiendo a la distancia que hay con el acontecimiento siendo el punto de partida las nuevas generaciones. De tal manera que podemos preguntarnos: ¿Por qué es importante para nosotros esto? El problema central del trabajo es atender a qué características tiene nuestro presente que determina algunas formas de acceso al pasado. Destacando el cómo nos relacionamos con las cosas, el mundo o las personas. En base a lo visto hasta ahora a lo largo del trabajo vemos que en nuestro contexto actual las nuevas generaciones, por diversas causas plantean relaciones superficiales, es decir, tienen cierto desapego e indiferencia. Por ello, si queremos volver a reactivar ese lugar de la imaginación, esa interconexión entre pasado y presente, debemos atender a estructuras como la de las posmemoria, pues las relaciones profundas nacen de aquello con lo que podemos tener apego, aprecio. Lo interesante es no sólo que las generaciones más cercanas a los hechos rearticulen la posmemoria, sino que las generaciones posteriores y más alejadas, como las nuestras, se sirvan de esa estructura, para poder integrar el pasado, para darle continuidad.

Se trata, no sólo de crear algo nuevo, sino de reactivar esas relaciones comunitarias, familiares y personales. Ese mundo compartido y que nos queda lejos. Pero además se trata de plantear una posmemoria centrada en el contexto actual, que sea consciente de las características de una sociedad acelerada. El hacerlo no sólo hace que uno conozca y se relacione de forma profunda con su pasado, personal y colectivo, sino que, además, permite que colectivamente se revierta en cierta manera la lógica acelerada y de relaciones superficiales que tenemos.

Por tanto, podemos preguntarnos ¿Cómo reactivar la posmemoria? Hirsch les da especial importancias a elementos que tienen que ver con el arte: fotografía o escritura y esto es debido a que la posmemoria plantea un tipo de recuperación de la relación con el pasado muy concreta. Es una estructura familiar o de comunidad, donde elementos como el *punctum* el valor indíxico de las fotos cobran gran importancia.

Como punto de memoria, puntos de intersección entre el pasado y el presente, la memoria y la posmemoria la rememoración personal y el recuerdo cultural. (...) Los puntos de memoria son argumentos acerca de la memoria, a objetos o imágenes del pasado que han sobrevivido y que contiene puntos de vista sobre la memoria y su transmisión (Hirsch, 2012, p.92).

En este sentido, Hirsch, a la hora de atender a la escritura y la cultura visual después del Holocausto, entiende que son muy importantes elementos como el poder indíxico de las fotografías o el *punctum* de Barthes, posibilitadores de generar una conexión entre distintos individuos. De esta forma no sólo encontramos un elemento racional sino uno irracional. La razón juega un papel muy importante, nos permite abstraer la realidad y tener una mirada más panorámica. Lo curioso es que cuando atendemos a cuestiones como las que nos plantea el memorial del Holocausto hace falta apelar a un plano más particular (cómo hace Hirsch). También de esta forma nos damos cuenta, que cambia mucho el tipo de relación que se plantea entre alguien cercano al acontecimiento del memorial y quien no es cercano.

El lenguaje de la razón es incapaz de conceder voz a la materia violenta, a los cuerpos que han sufrido. La razón identificadora, que es ya en sí misma dominio de la materia, nunca comprenderá ni acogerá la expresión de un sufrimiento que ella

contribuye a causar. Porque la razón no hace más que absorber, integrar en discursos y su tendencia es justificar. El sufrimiento tiene una parte irracional que se anula. Hay veces que se necesita empatía no comprensión, o buscar un porqué. (Tafalla, 2003, p. 255).

Se trata de apostar por recuperar ese lugar imaginativo, en plantear una relación profunda con las cosas, una relación con una dimensión racional, pero a la vez irracional. Para ello se presenta el arte como un medio con gran potencial. Pero no olvidemos, la propuesta de memoria ejemplar o la propuesta de privatizar a los muertos. Lo que nos interesa de Hirsch, no sólo es la atención a la estructura que plantea el concepto de posmemoria, sino cómo en nuestro contexto las nuevas generaciones tienen una particular relación con el pasado. De esta forma es necesario un planteamiento que no vuelva al trauma, sino que cree lazos desde ahí, que entienda y empaticé en la medida de lo posible, para poder integrar el pasado en el presente y así continuar creando un presente y futuro. En este sentido el arte, y en concreto los memoriales, son esenciales.

La función del arte en un contexto con saturación de imagen es la de funcionar como un diurético para el ojo estreñido. Las manifestaciones artísticas permiten intuir al espectador, que esa imagen ante la que se sitúan no es gratuita, que hay un cuestionamiento de los modos de percepción asentados y que, tras ella, se encuentra instalado lo real. (Benéitez Andrés, 2011, p.298).

Como apunta Rosa Benéitez, el arte puede cortar la dinámica a la que nos vemos sometidos, en sustituir la copia por lo real y, sobre todo, el arte tiene un papel fundamental, como apunta la autora, pues no nos plantea un significado único, no trabaja bajo una única convención, sino que plantea los distintos acercamientos al objeto, a lo real. Por tanto, hay múltiples significados a los que atender. Quizás a través de un acercamiento como el del arte, atendiendo a la multiplicidad del ser, a la diversidad de significados, a la diferencia del sujeto, es decir, quizás así el arte nos permita hacer privada la memoria. De esa forma, la memoria privada, con distintos caminos para acercarse a la realidad y junto a una lección extraída pueda plantear la memoria individual en un contexto donde todo apunta a la disolución de la memoria entendida como lugar biográfico, de enseñanza, de conocimiento, de humanidad. Puede que, en ese lugar, haya una memoria más cercana a las dinámicas de la experiencia que a las de la vivencia, que permitan preservar la experiencia y gracias a ello poder generar una comunidad.

De esta manera, el arte en lo que refiere a este trabajo, adquiere un gran potencial cuando cuidamos la relación con las cosas, una relación profunda, con una forma de entender el camino que nos depara a las nuevas generaciones, un camino marcado por la relación con el pasado. El arte nos permite volver a reconectar pasado y presente con nuestras propias características, haciendo visible aquello que quedó mudo, el dolor, volviendo visibles aquellas personas que quedaron relegadas de la Historia.

El arte dispone de muchas formas de expresión, que son cruciales por ejemplo para aquellos que volvían de la guerra y sus palabras eran insuficientes para transmitir todo el horror visto. La memoria -no sólo como expresión de sufrimiento- necesita del arte. De un discurso más abierto que dé cabida a la diferencia a lo particular además de a lo racional. Adorno entiende que “el dolor debe encontrar su voz, debe hablar, no hay mejor expresión del sufrimiento que la que permite el arte (Tafalla, 2003, p.254).

7. CONCLUSIÓN

El contexto en el que vivimos es el de una sociedad acelerada, la de un sujeto líquido. Un sujeto que se caracteriza frente a tiempos anteriores por la levedad, la fluidez, es decir, por no generar lazos, compromisos, o al menos, no dejar que solidifiquen tanto como para detenerlo y atarlo espacial y temporalmente. Las grandes consignas de nuestro tiempo son la flexibilidad y adaptabilidad mientras el mundo cambia rápidamente. Por ello, el concepto de tiempo se vuelve relevante y problemático, como apunta Han, el tiempo atomizado es un tiempo que ha perdido el *telos*, la tensión dialéctica, la trayectoria. Este tiempo se caracteriza por ser átomos, acontecimientos sin nexo entre ellos. La atomización del tiempo, en tiempos cortos y sin profundidad lleva al sujeto a tratar de cubrir lo que antes se daba con la duración mediante la cantidad, o el exceso de actividad, estableciendo de esta forma relaciones superficiales.

Las cosas se aceleran porque no tienen un sentido, un sostén que las hile. Pero esa atomización en el fondo no permite entrelazar nada. Por ello, la experiencia de la duración entiende el autor surcoreano, es lo que hace que la vida sea plena, porque genera cierta trayectoria, cierta conexión entre acontecimientos y por tanto sentido. Es esta disposición a la levedad y a la aceleración la que están rompiendo la continuidad que había entre pasado y presente, pues requiere de cierta duración, y de una relación profunda que potencie el generar experiencia (*Erfahrung*).

Esto se vuelve relevante si recordamos el objetivo del trabajo: qué características tiene nuestro presente que determina algunas formas de acceso al pasado. Es decir, en qué condiciones se realizan esas reflexión o relación con la memoria, para así después preguntarnos: ¿Cómo se relaciona un sujeto joven con un memorial como el de Vietnam o el de Berlín? Es decir, como se relaciona con monumentos creados para la memoria, los cuales nacen de acontecimientos trágicos y dolorosos de la Historia. Hemos podido llegar a la conclusión de que la relación que se establece es superficial, no sólo por el distanciamiento o desconexión del joven con el pasado sino por las propias condiciones de una sociedad acelerada y el tipo de consumo centrado en colmar los sentidos.

Es por ello, por lo que entiendo que hay una relación entre las formas de consumir, de relacionarnos superficialmente en el día a día y las formas de relacionarnos o de acceder al pasado. Si queremos ser justos con el pasado, si pretendemos que tengan sentido y cumplan su función los memoriales más allá de la apelación a los que vivieron el acontecimiento, debemos tratar de desarrollar relaciones profundas. Hay que recuperar no sólo los lugares de la historia, sino también los de la imaginación. En esa línea van las propuestas del último punto, para trascender las relaciones superficiales: privatizar los muertos, crear un relato compartido, la relación entre espacio y memoria, recuperación de los lugares de imaginación: Posmemoria.

La cuestión en el fondo es: ¿Por qué mantener una relación profunda con el pasado? Y, en definitiva, ¿Por qué mantener una continuidad entre el pasado y el presente? Considero

importante mantener esa continuidad pasado-presente, es decir, esa presencia del pasado en lo cotidiano, pues posibilita una relación de aceptación, integración y mejora sin perder de vista lo que ocurrió. El problema que tenemos es que más allá de aquellos que padecieron lo trágico del pasado, ¿quién en una sociedad con dinámicas aceleradas y de fluidez, mantiene una relación profunda y con sentido con el pasado? Es decir, si no debemos repetir lo que ocurrió en el siglo XX y debemos ser justos con el pasado, o si debemos mantener cierta identidad y cohesión personal valorando la tierra de donde somos, su cultura, su saber, etc. ¿Cómo lo vamos a hacer? Si las relaciones que establecemos son superficiales. Por ello, debemos entender, que hay que establecer relaciones profundas, no vale con acumular información, no vale sólo apelar a la razón o mercantilizar todo con la excusa de generar una experiencia o vivencia similar a las que viven otras personas, eso solo genera distancia y una relación superficial. La mirada al pasado no debe quedarse en un plano nostálgico, debemos construir futuro y para ello hay que reconectar el pasado con el presente dándole una continuidad.

Por ello, si queremos tener jóvenes maduros, responsables y consecuentes con lo que ha ocurrido y lo que ocurre, si pretendemos que tenga valor conceptos como la democracia, la justicia, o la memoria histórica, debemos hacernos esta pregunta: ¿Qué del pasado se encuentra cristalizado en el presente? ¿cómo se establecen las relaciones pasado- presente? El mantener una continuidad pasado-presente permite reactivar esos lugares de imaginación, permite activar las estructuras como la posmemoria, que son aquellas que van a permitir que un lugar histórico sea algo más que un monumento, puesto que va a reconectar, a enlazar distintas generaciones, distintas realidades y sobre todo va a permitir que se realice un ejercicio de memoria ejemplar.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Allier Montaño, Eugenia (2008). Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Historia y Grafía*, (31),165-192.[fecha de Consulta 9 de Noviembre de 2020]. ISSN: 1405-0927. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=589/58922941007>
- Bauman Zygmunt. (2002). *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Argentina, Fondo de cultura y económica de Argentina.
- Benjamin, W. (1989). *Discursos interrumpidos I*, Buenos Aires, Argentina, Taurus.
- Bermejo Salar, A., Cayuela Sánchez, S., Egio García, J.L., Egio García, V., Martínez Arias, D. O., Soto Casrasco, D., Teruel Díaz, R. (2011). *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Benéitez, R. (2011). El compromiso con lo real. Artes, “dobles” y realidad desde la theorein de Clément Rosset. En Bermejo Salar, A., Cayuela Sánchez, S., Egio García, J.L., Egio García, V., Martínez Arias, D. O., Soto Casrasco, D., Teruel Díaz, R. (eds.) *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. (p.281-305). Murcia, España, Universidad de Murcia.
 - Martínez. A. (2011). Capitalizar la experiencia: mesianismo, capital y modernidad. En En Bermejo Salar, A., Cayuela Sánchez, S., Egio García, J.L., Egio García, V., Martínez Arias, D. O., Soto Casrasco, D., Teruel Díaz, R. (eds.) *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. (p.305-327). Murcia, España, Universidad de Murcia.
- De Diego, E. (2005). *Travesías por la incertidumbre*. Barcelona, España, Seix Barral.
- Debord, G. (2012). *La sociedad del espectáculo*. Valencia, España, Pre-Textos.
- González Vázquez,D., Font Agulló, J (2016) La museización del patrimonio memorial transfronterizo: el caso del exilio republicano y sus espacios.1030-Midas. Disponible en <https://journals.openedition.org/midas/1030>
- Han Byung- Chul. (2019). *Buen entretenimiento*, Barcelona, España, Herder.
- Han Byung- Chul. (2016). *El aroma del tiempo*, Barcelona, España, Herder.
- Han Byung- Chul. (2017). *La sociedad del cansancio*, Barcelona, España, Herder.
- Hirsch, M. (2012). *La generación de la Posmemoria. Escritura y cultura visual después del holocausto*. Madrid: Carpe Noctem.
- Huyssen. A (2007) *En busca del futuro perdido*. Buenos Aires, Argentina, Fondo de cultura económica de Argentina.

- Kelita Vanegas Vásquez, O. (2014), Los lugares de la memoria: espacios históricos de Ambalema y su representación en el imaginario social de las nuevas generaciones (p. 190-206), Plumilla educativa, Dialnet.
- Maillard, C. (2011). *Bélgica*. Valencia, España, Pre-textos.
- Marín, H. (2006), Muerte, Memoria y olvido. *Thémata*, Núm. 37, p.310-319.
- Rielgl, A. (2008). *El culto moderno a los monumentos*. Madrid, España, La Balsa de la Medusa.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración*. Madrid, España, Katz.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España, Paidós.
- Tafalla, Marta, Theodor W. Adorno. (2003) *Una filosofía de la memoria*. Barcelona, España, Herder.
- Valero, V. (2017) Experiencia y Pobreza- Walter Benjamín en Ibiza. Cáceres, Periférica.